

LOS DOMINGOS DE LA GACETA UNIVERSAL.



24 DE NOVIEMBRE DE 1878.—NÚM. 21.

Ecos de la semana.

Poca fe en la eficacia de las ideas demuestran los que acuden al puñal ó á la pistola para resolver los problemas políticos y sociales.

La pistola ó el puñal podrán, á lo sumo, dar muerte al hombre, siquiera ese hombre se llame rey, emperador ó presidente; pero otro presidente, otro emperador ú otro rey ocupará el puesto del vilmente asesinado, y las mismas instituciones seguirán rigiendo el mundo, en tanto que el mundo las considere necesarias.

Las instituciones son ideas, y á las ideas se las mata con ideas, no con puñales.

Persuádanse de esa verdad todos los Nobiling, todos los Hædel, todos los Oliva y todos los Passavanti que haya en el mundo,—si es que desgraciadamente queda todavía alguno,—y déjense de dar coques contra el aguijón, ni olviden aquello de «A rey muerto, rey puesto», ni lo otro de «El que escupe al cielo, en la cara le cae»; refranes todos que vienen como de molde para demostrar que tales crímenes, no sólo son ineficaces al objeto que con ellos se pretende alcanzar, sino que producen siempre el efecto contrario del que los criminales se proponen.

El resultado positivo de cada uno de esos crímenes no es otro que el de añadir un borron más á la historia de los pueblos, y preciso es estar loco de remate para lanzarse nada menos que á cometer un crimen horrendo por sólo el capricho de echar un borron.

Que en algunos hombres—ó lo que sean—hay la monomanía de los borrones... Pues imitemos á mí, que me dedico á emborronar cuartillas, y, sin que nadie me vaya en ello á la mano, emborrono cuanto quiero, seguro de que por esto no han de ahorcarme, ni mucho menos.

Mis borrones podrán, á lo más, llevarme á manos de mi amigo (?) Melendo, pero á las del verdugo... eso nunca.

Los partidos extremos andan estos días á vueltas sobre la enojosa, y algo más que enojosa, cuestión de echarse unos á otros la responsabilidad moral de los crímenes cometidos por Nobiling, Oliva, etc., etc.

Todos los regicidas—dicen los ultramontanos—son sectarios del liberalismo.

Levantados de vuestras tumbas,—contestan los liberales,—Ravallac, Jacobo Clemente, y aún tú mismo, cura Merino, y decid con franqueza si no érais ultramontanos hasta las uñas.

No, no os levanteis,—digo yo,—que bien estais por allá...

Déjense los liberales y los ultramontanos de recriminaciones apasionadas y poco caritativas, y convézanse de que los regicidas, como todos los asesinos, pertenecen á una sola escuela, á un solo partido: al partido del crimen.

Guárdense ultramontanos y liberales de fomentar el fanatismo religioso y el fanatismo político, y verán cómo la raza de los Ravallac y los Nobiling se acaba para siempre.

El Sr. Moyano ha declarado en el Congreso, á nombre del partido moderado histórico, el firmísimo propósito que ese partido tiene formado de anular el artículo 11 de la Constitución, restableciendo así la unidad católica tan pronto como subiese al poder.

Esto de la unidad católica es mucho cuento.

No parece sino que la susodicha unidad estriba tan sólo en un decreto...

Procurad constituir esa unidad en el corazón y en la mente de todos los españoles, pues de no haber unidad de sentimientos y de creencias, de poco os servirá consignar esa unidad en el Código fundamental del Estado...

¡Las formas!... ¡Siempre las formas!

Ya tenemos en el Congreso otro piquito de oro: el Sr. Bosch.

¡Y qué cosas dicen á veces los piquitos de oro!... ¡Ay!; Dios nos conserve al señor Bosch, y ojalá le crezca el pico hasta el tamaño de una pica, no para que la ponga en Flandes, sino por ver si se le cae á causa del peso, y yo me le encuentro al paso, que como tal suceda, seguro puede estar el Sr. Bosch de que no he de devolvérselo;

porque así como el Sr. Bosch sostiene la novísima teoría de que los periódicos no constituyen propiedad, yo niego la propiedad de los picos de oro, y al pico del Sr. Bosch me atengo; y guarde S. S. el pico, porque como yo le atrape, he de convertir el pico de S. S. en monedillas de á cinco duros.

Precisamente yo necesito un pico para saldar varios piquillos; conque ya ve el señor Bosch si me vendría bien incautarme del suyo... para acuñarlo.

El acontecimiento teatral de la semana ha sido el estreno del drama *Theudis*, del Sr. Sanchez de Castro.

Que el Sr. Sanchez de Castro tiene grandísimas condiciones de autor dramático, es indudable, como también es indudable que el drama, ó más bien la tragedia *Theudis*, no es, ni con mucho, una obra de primer orden, por más que así lo sostengan los apasionados del poeta.

La última producción del autor de *Hermengildo* no tiene más que dos ó tres situaciones verdaderamente interesantes, y ésa es la causa de que la obra resulte lánguida, si bien se oye siempre con gusto, gracias á una versificación vigorosa y correcta, que por sí sola bastaría á salvar una acción dramática menos interesante que la desarrollada en el *Theudis*.

En cuanto á la interpretación de la obra, á excepción del Sr. Calvo (D. Rafael), que desempeña su parte de un modo admirable; de la señorita Mendoza, que hizo bien la suya, y del Sr. Jimenez, que tuvo algunos momentos felices, sobre todo aquellos en que procuró modular algún tanto su voz cavernosa, los demás actores hicieron lo que pudieron... y pudieron poco.

La verdad es que ninguna de las compañías que hoy actúan puede representar dignamente una tragedia. ¡Ya, ya! ¡Váyanse usted con tragedias á nuestros actores, Sr. Sanchez de Castro!

En fin, le cierto es que su obra de usted es la mejor de cuantas se han estrenado este año, y por ello le doy la enhorabuena y además un consejo, que es el siguiente: Si piensa usted seguir cultivando el género trágico,—en lo cual, dadas sus excelentes disposiciones, nada perderían las letras españolas,—váyanse con tiempo á un sastre y encárguele media docena de *Talmas de ambos sexos*, que, de lo contrario, cuanto usted haga por su parte será trabajo perdido.

En el teatro de la Comedia se han estrenado durante la semana tres obritas que se titulan así: *Las niñas del entresuelo*, *El gato negro* y *Como se empieza*.

La primera es del Sr. Blasco, y por tanto, las tales niñas son... cosas del señor Blasco; porque han de saber ustedes que el Sr. Blasco tiene ya cosas, que es lo mejor que se puede tener en el mundo, por aquello de que quien tiene cosas puede decir y hacer cuanto le acomode, pues con decir: cosas de Fulano, no habrá cosa que á Fulano no se le aplauda.

Decir que *Las niñas del entresuelo* está discretamente escrita, sería ofender al señor Blasco... ¡Pues no faltaría más que no lo estuviese!

Lo que hace falta es que el Sr. Blasco no emplee esas discreciones en obras de tan poco momento, pues de lo contrario, creo que ni sus cosas han de valerle algún día, acaso no muy lejano.

El gato negro es una bonitísima comedia, en la cual el Sr. Marco ridiculiza con mucha gracia á las personas que creen en agüeros.

Todos los tipos que el autor presenta en su obra, son perfectamente cómicos. La versificación es correcta, el diálogo fácil y lleno de gracia y naturalidad.

Al Sr. Echegaray (D. Miguel) le va sucediendo algo de lo que le acontece al señor Blasco; esto es, que teniendo, como tiene, condiciones para mucho, se contenta siempre con poco.

¿Será que el Sr. Echegaray aspire también á tener cosas?

Como se empieza se titula el último juguete, ó por mejor decir, la última fruslería del Sr. Echegaray.

¡Por los clavos de Cristo, Sr. D. Miguel,

no malgaste usted ese gran caudal de gracia que Dios le ha dado!

Las tres obras que llevo mencionadas las representan á la perfección todos los actores que en ellas toman parte; verdad que la compañía que actúa en el teatro de la Comedia no tiene rival para los ligeros cuadros de costumbres, á que se dedica con especialidad, y verdadera locura es el meterse en otros dibujos, como suele hacerlo algunas veces, aunque pocas afortunadamente.

He hablado de locura, y esto me recuerda á un pobre loco que una de estas noches dió en la manía de derribar uno de los reyes de la plaza de Oriente ¡á cabezas! así como suena.

Al efecto, el infeliz demente tomaba carrera desde la esquina del teatro Real, y ligero como una flecha iba á dar con la cabeza en el pedestal de una de las estatuas. Dos veces acometió con tan grande esfuerzo, que al segundo golpe cayó el pobre loco al suelo casi cadáver y con la cabeza destrozada...

¿A quién se atribuirá ese nuevo atentado, á los liberales ó á los ultramontanos?

Pues dígame, lector, que si dan en des-pilastar por ese sistema á todas las estatuas de la plaza de Oriente, algunos coscorrones se necesitan para lograrlo.

WERTER.

Los insectos.

Es creencia general que los animales de gran talla son los que desarrollan mayor fuerza; y si se examina atentamente la Naturaleza, se observa que sucede precisamente lo contrario.

En el caballo, el buey, el elefante, la ballena, vemos acumulada gran cantidad de fuerza; pero si se la compara con la masa del ser que la produce, resulta sumamente pequeña, relativamente á la que desarrollan otros mucho menores que aquéllos.

La organización de los animales superiores de la escala zoológica es más perfecta, pero más complicada que la de los inferiores; y en la organización, como en todas las máquinas, la materia, las transmisiones y engranajes consumen siempre una buena parte de la fuerza que la hace funcionar.

Que con un aparato bien acondicionado se obtengan resultados satisfactorios, no es tan de admirar como que con una sencilla herramienta se hagan cosas útiles.

El oso fabrica con sus uñas la gruta donde ha de invernar; el castor se vale de sus dientes, sus patas y su cola para construir los diques y estancias en que establece sus habitaciones, causando la admiración del hombre; pero es más admirable que todo esto el trabajo de las hormigas, que con la pequeña cantidad de fuerza de que disponen, hacen sus edificios subterráneos de tal modo, que en nada les aventajan las poblaciones mejor construidas por los hombres.

Apénas hay insectos que para protegerse ó asegurar sus crías no ejecuten trabajos que admiran cuando se piensa un poco en ellos, y despierten la idea de que en cuanto el hombre inventa para perfeccionar sus medios de acción, no hace otra cosa que imitar á la Naturaleza en sus más sencillos procedimientos.

Si se reflexiona acerca de la fuerza que algunos insectos necesitan para perforar la corteza de los árboles más duros, donde depositan sus huevos, se ve que si alcanzasen la corpulencia de los lobos, los tigres, las serpientes ó las águilas, conservando el poder en la relación que le tienen, las fieras serían respecto á ellos lo que hoy son las liebres, los pájaros ó las lombrices, que ni siquiera intentan defenderse, porque tienen la conciencia ó el instinto de su impotencia.

El salto más formidable de un león poderoso no vale nada al lado del de una pulga, cuando se compara la actividad que uno y otra necesitan desarrollar para darlo, atendidas sus cualidades respectivas.

El condor, que recorre cien leguas de un vuelo, resulta perezoso y holgazán comparado con la langosta, si se miran sus alas y se compara su fortaleza.

Pero hay entre todos los insectos uno que desde los más remotos tiempos viene despertando la curiosidad y aún la vene-

ración humana, y que nunca se acaba de admirar, por más que pasen siglos y los conocimientos se vayan perfeccionando: la abeja.

En lo antiguo se creía que las abejas producían la miel y la cera, segregándola en aparatos especiales, como los mamíferos segregan la leche. Hace ya mucho tiempo que se sabe que no es así. La miel y la cera la producen los vegetales; pero este descubrimiento en nada ha amenguado el mérito de tan inteligentes artistas.

Los metales preciosos y los útiles se encuentran en las entrañas de la tierra, y allí continuarían indefinidamente, sin producir nada útil, si no hubiese mineros que con su trabajo é inteligencia los arranquen y trasformen hasta convertirlos en fuente de riqueza. Este mismo es el mérito de las abejas.

Una multitud de plantas encierran en diferentes épocas jugos azucarados bien conocidos de todo el mundo: la caña de azúcar, la uva, el higo y otros muchos son ejemplo.

Al hombre le ha costado muchos siglos aprender la manera de recogerlos y conservarlos sin que fermenten y dejen de servir por lo mismo. Las abejas lo hacen desde que el mundo es mundo.

Todo su trabajo tiene por objeto conservar el alimento para la época en que las plantas parecen suspender su vida, y no es posible hallarle en el campo.

Toman la miel en las flores y la depositan en frascos perfectamente cerrados para que no le de el aire. La materia con que construyen estos frascos es la cera, y también la buscan en las plantas. Las hojas de la acelga deben á ella su lustre, y aun que la industria ha conseguido extraerla directamente, no por eso ha disminuido su precio.

Lo que más hay de admirar en una colmena es el trabajo que representa la reunión de todos aquellos elementos para la formación de las celdillas.

Un químico inglés, M. Wilson, ha hecho curiosos experimentos para determinar la cantidad de azúcar que existe en el néctar de diferentes flores, y de ellos resulta que para reunir un gramo de azúcar se necesitan 135 cabezuelas de trébol, y para un kilogramo 125.000. Cada cabezuela contiene unas 60 flores; de donde resulta que para tener un kilogramo de azúcar es preciso poner á contribución 7.500.000 flores.

Ahora bien, como la miel contiene un 75 por 100 de azúcar, resulta que para reunir un kilogramo han tenido que libar las abejas más de 5.000.000 de flores.

Agréguese á esto el acopio de la cera, y se tendrá idea del número de viajes que su trabajo representa, y que unido al de confección, indica una suma de actividad y fuerza que deja muy atrás á cuanto estamos acostumbrados á ver diariamente en los animales de gran talla.

BRUNO AMELAY.

Revista financiera.

Por un concurso de circunstancias que hemos hecho notar diariamente en nuestro periódico, todos los valores públicos han descendido durante la última semana, notándose marcada tendencia á continuar por ese camino, con excepción de los bonos del Tesoro, que han venido á ser, y serán mucho más si las Cortes aprueban el proyecto de enajenación presentado por el señor ministro de Hacienda, un papel eminentemente privilegiado, con perjuicio de las demás deudas. Sobre este punto hablamos en otro lugar de este número, y no hemos de repetir en la revista lo mismo que manifestamos en el fondo del periódico.

A 15,30 cerró el 3 por 100 consolidado en fin de la semana anterior, y al empezar la que es objeto de este artículo, ó sea el lunes 18, ya se presentó con tendencia á la baja, realizándose operaciones á 15,27. Esperábase por muchos que se repusiera el principal papel cotizante; mas tales esperanzas quedaron defraudadas, cerrando el miércoles (el martes no hubo Bolsa) á 15,17, el jueves á 15,15, el viernes á 14,95, y ayer sábado á 14,97. Es decir, que la baja ha sido constante y no interrumpida, como otras semanas.

Se acariciaba por los rentistas y por los negociantes la idea de que la amortización de la deuda iba á continuar en mayor es-

cala que lo que permiten las subastas mensuales ordinarias; y se acariciaba con fundamento, pues que para nadie de los que á estos asuntos se dedica era un secreto que por el ministro de Hacienda se trataba de realizar cierta operación de crédito bajo la garantía de los montes del Estado, cuyo producto había de aplicarse á la misma amortización en corto período de tiempo. ¿Cómo no habían de sostenerse los fondos, y aún tomar mayor precio, si semejante proyecto entraba en vías de realización?

Pero fracasó, y fracasó en el Consejo de ministros celebrado bajo la presidencia de S. M. el Rey el jueves 14 por la oposición tenaz que hizo el señor ministro de Fomento. Ya no se tenía confianza en que la amortización se aumentara de un modo extraordinario, al menos durante algún tiempo, y el efecto se hizo sentir pronto en la Bolsa, apesar de los esfuerzos que para contener la baja hicieron y siguen haciendo los que en el lenguaje financiero llamamos alcistas.

Al proyecto citado ha venido á sustituir otro proyecto de gran trascendencia, el de enajenación de los bonos que existen en cartera. El desnivel de los valores se ha dejado sentir notablemente con estos verdaderos cambios en la dirección de los negocios económicos. Los bonos, que habían alcanzado el tipo de 88,70 el sábado 16, apesar de las disposiciones de la ley de presupuestos vigente, que no permiten aplicarlos por su valor nominal al pago de bienes nacionales, siguieron al comenzar la semana el impulso en baja de las demás deudas. Así es que el lunes 18 se cotizaron á 88,50, á 87,75 el miércoles 20, y á 87,50 el jueves. La baja fué grande en pocos días, y amenazaba continuar en los sucesivos. Mas el mismo jueves se dió cuenta en Consejo de ministros del proyecto presentado al día siguiente á las Cortes, proyecto que tanto afecta á ese papel, y ya el viernes, no sólo se contuvo la baja, sino que se indicó el alza, ganando en Bolsa 10 céntimos, y otros 15 ayer sábado, en que cerró á 87,75. Pronto, siguiendo por este camino, alcanzará el tipo de la semana anterior, y probablemente habrá de sobrepujarle.

La deuda amortizable con interés de 2 por 100 ha perdido en la semana 30 céntimos, pues de 32,87 ha bajado á 32,57. Las obligaciones del Banco y Tesoro, á cuyo pago están subsidiariamente afectos los bonos en cartera, y que tienen seguros los intereses y la amortización, han descendido también desde 97,60, último precio que alcanzaron el viernes 15, hasta 97 á que cerraron ayer, con pérdida de 60 céntimos. También ha alcanzado la baja á las obligaciones de ferrocarriles, que desde 29,80 han descendido á 29,50, perdiendo, por consiguiente, 30 céntimos.

Tal es el aspecto que ha ofrecido la contratación de los valores públicos durante la semana. A excepción de los bonos, que se han sostenido, las demás deudas se han declarado en baja muy acentuada, que amenaza continuar en la semana próxima.

En los descuentos han mejorado los de las carpetas para subastas, habiéndose realizado algunas operaciones á 21, continuando las demás en el mismo estado que tenían la semana anterior, así como los cambios con el extranjero.

Revista de mercados.

Pocas ó ningunas son las oscilaciones sufridas en nuestros mercados desde la última revista semanal. Si bien no ha habido desanimación y no han faltado transacciones, la calma aparente no responde más que á la codicia que despierta la tendencia al alza en todos los artículos más indispensables para la vida, y que la expectativa de grandes demandas mantiene.

La reserva y el retraimiento en los grandes centros productores, pero alejados de los principales mercados, tienen una explicación plausible á que no es del todo ajena la prensa.

Rara es hoy la provincia donde no se publica algún periódico ó revista agrícola, que no difunda y lleve hasta el último rincón de aldeas de escaso vecindario el movimiento comercial corriente, los precios exactos á que se cotizan las principales especies, y las causas que determinan las mayores ó menores ventajas en las transacciones obtenidas.

En las y otras noticias que la prensa difunde, producen el singular fenómeno de observarse uniformidad en los tipos de los trigos, harinas, cebadas y caldos, en mercados de distintas zonas y provincias, donde a través de grandes distancias llega la noticia de la mayor ó menor producción y las diversas alteraciones que el agio produce.

El labrador y el cosechero no son ya los entes rutinarios sin más norma de conducta que la inveterada costumbre; despiértase en él un espíritu especulativo, y lleva la sutileza del mercantilismo hasta el punto de olvidar todo instinto humanitario, supeditando su criterio únicamente á lo que su interés le aconseja.

Sirve de válvula en sus cálculos la mayor ó menor producción, la bondad de calidad ó clase, y lo más ó menos solicitado que se halle el artículo, y el movimiento de importación y exportación; noticias todas que persigue con avidez, para á ellas atemperar sus exigencias.

Estas breves consideraciones quizá serán leídas y comentadas con apasionamiento por los que se vean adivinados en los móviles que dirigen sus acciones; pero son la deducción lógica de una constante observación, para estudiar la manera más propia y adecuada de remediar los males que por éstas y otras causas afligen á las clases más menesterosas.

En la semana anterior indicamos el temor de que, dados los motivos que entonces reseñamos, tras de la firmeza en los precios, el alza en los cereales deberá en breve pronunciarse, como ya se ha manifestado en los vinos. Si esto no se ha verificado ya, se debe en gran parte á las cantidades considerables de trigos llegadas á puertos de la vecina Francia, procedentes de Nueva-York, Odessa, Marianópolis y otros puntos.

En la semana última se ha iniciado el alza en 36 mercados; ha continuado en firme en 10; sin variación en 40; únicamente dos en baja, y con tendencia á esta misma baja en cuatro, señalándose, como hemos demostrado, el alza por las causas detalladas.

Consultados los mercados de Burgos, Arévalo, Haro, Rioseco, Medina, Peñaranda, Palencia, Avila y Valladolid, han sostenido un precio medio en el trigo de 46 rs. fanega de 94 libras, entre el de 44 á 48,50 que ha oscilado.

En nuestra alhóndiga, donde las transacciones no han tenido más importancia que mantener el agio, sostiene el mismo precio medio de 56 rs. fanega sin variación, no habiéndola sufrido las cebadas, que siguen á las 7 1/2 pesetas fanega, obteniendo la de 5 pesetas arroba las harinas con pequeña alteración, según clase.

Los vinos en la capital no pueden imprimir carácter por la índole de los impuestos que sobre ellos pesan; pero en las demás provincias continúan tomando punto, por lo reducido del rendimiento, la excesiva extracción y la exigua existencia; sus precios continúan, sin embargo, entre las 1 1/2 pesetas á 6 cántara ó arroba, nunca generalmente obtenidos.

Sólo los aceites, cuya recolección se anuncia abundante é inmejorable, si bien hasta la fecha no se ha indicado la baja, ésta sobrevendrá, dadas las condiciones de inmensas existencias en que este líquido se halla.

Los demás artículos de consumo, y de que diariamente damos cuenta, siguen sin variación sensible, hallándose nuestras plazas y mercados abundantemente surtidos; siendo más económicos para el proletariado los que se hallan situados en los puntos extremos de la corte, donde las exigencias de alquileres y gabelas son menos sensibles y no tan pretenciosas como los ecéntricos, donde se rinde más culto á la perspectiva y á lo superfluo.

La cartera.

Nada más anhelado que una cartera; y, sin embargo, desde que la industria ha puesto las más de sus producciones al alcance de todas las fortunas, la cartera es patrimonio de todo el mundo.

Desde el asalariado repartidor de la correspondencia epistolar, hasta el hombre que rige los destinos del país con carácter de ministro responsable, todos poseen este artículo de tercera ó cuarta necesidad. Una cartera es un ómnibus de pensamientos, un resumen de cuentas, una historia del y exacta de amores, amistades y apuros pecuniarios; en ella se encierran estimables secretos y ridículas bagatelas, en ella se muestra á la curiosidad de muchos el retrato de una Traviata, y la última y apasionada carta de una virtud en hipó-

tesis. Por eso la cartera es en el mundo de universal uso.

Las hay sólo favorecidas por las cuentas, que sufren un corte total la mayor parte de las veces; otras atestadas de billetes de Banco, otras de cartas amorosas, muchísimas de recomendaciones eficacísimas, y la mayor parte de

Ilusiones engañosas, livianas como el placer.

En una cartera se mezclan lo sublime y lo ridículo, lo bueno y lo malo, y frecuentemente el acreedor y el deudor yacen íntimamente relacionados.

Hombre público existe que encierra en su cartera programas políticos que no han de cumplirse, amante que acoge en ella cariñosas promesas de matrimonio que no han de verse realizadas, y hay á veces en sus hojas pensamientos morales escritos por un prestamista.

La hospitalidad es la principal misión que se ha impuesto la cartera. Los pagarrés y las papeletas de empeño tienen en ella cariñoso y estimable asilo. De su seno salen las epístolas amorosas y las tarjetas de desafío; las unas terminan quizás en la Vicaría, las otras ocasionan á veces la eliminación de un individuo. ¡Fatal analogía!

La cartera es manual, menemotécnico y panteón á la vez. Esperanzas fallidas, ilusiones creadas, deudas contraídas y letras á ocho días vista, son huéspedes acostumbrados de dicha señora.

La cartera-petaca ha venido á ser una profanación. Comparar el aroma de un *Cabañas* con el perfume de un billete amoroso, y mezclar un cigarrillo del estanco con una aristocrática tarjeta, es funesto, pero necesario resultado de esa intrusión malvada. Merced á principios há tiempo proclamados, es de general aceptación la acomodaticia frase de *ya no hay clases*. De aquí ha nacido la cartera-petaca.

La curiosidad sigue á la cartera como la sombra al cuerpo; déjala olvidada encima de una mesa, es lo mismo que abrir sus broches y esparcir los papeles que contiene.

Por la cartera se tienen generalmente noticias exactísimas acerca de las circunstancias de su dueño. Una cédula personal al lado de una de comunión, nos expresan el nombre, edad y profesión de quien las lleva consigo, y que por otra parte aparece como fiel católico, exacto observador de su doctrina.

Sin embargo, hay carteras eclécticas, cuyo contenido arroja ideas diversas; éstas son verdaderas cajas de Pandora, donde se alberga el bien y el mal, la caridad y la avaricia. En ellas es frecuente mezclarse un billete de aristocrático concierto con uno del tendido núm. 10, una fotografía de la Elena Sanz con un retrato del toro que cogió á Frascuelo.

A semejanza de la tierra, que acoge con la misma indiferencia las cenizas del noble y del plebeyo, la cartera está abierta á toda clase de ideas, documentos, religiones y doctrinas.

En política la cartera es la representación del olvido; tener un proyecto en cartera equivale á que nunca llegue á ser ley. Es, pues, esta desventurada el juguete de todas las pasiones y el asilo de todas las virtudes.

Hay individuos que no pueden existir sin cartera. A esta clase pertenecen los ministros, los carteros y los agentes de Bolsa. Un agente de Bolsa lleva siempre en ella millones nominales, que para desgracia suya es difícil lleguen á hacerse efectivos. Un ministro recopila dentro de su cartera recomendaciones y credenciales: las unas son la causa de las otras. El cartero es el único que posee su cartera como prenda estimada y útil; para él es un artículo de primera necesidad. Así es que el corazón de una hermosa, las promesas de un deudor y las esperanzas de una solterona, todas ven en la cartera del cartero el ideal de su existencia.

Los primeros ahorros del adolescente se emplean en la adquisición de una cartera; en ella apunta generalmente los nombres de sus amigos, nombres que en la adversidad han de borrarle poco á poco hasta que de ellos no quede más vestigio que un doloroso recuerdo.

El primer regalo de una joven á su amante es una cartera. En ella ha de figurar el retrato de la donante y una trenza de sus cabellos envuelta en un trozo de papel color de rosa.

Últimamente se han hecho de moda las carteras con estuche; estas carteras, que se pueden llamar armadas, indican el carácter de su poseedor. Generalmente pertenecen á un pollo alimbarado que hace bastante uso de peine y tijeras, y quita el

azogue al pequeño espejito que acompaña, á fuerza de mirarse.

Mueble de tan universal aceptación, bien merece ser estudiado por todos. Hoy día hay quien se resella y se da de puñetazos por una cartera. Sabe Dios si en adelante podrá desempeñarla con el celo y lealtad de ordenanza el autor de este artículo.

CALIN STARS.

Los codiciosos.

Cuento escrito sin E.

Anton, muy capaz para arrastrar un carro, casado con Mari-Juana, moza con saya y tontillo, había comprado una casa y un jardín con olorosas plantas, arbustos frondosos, y algunos arbolillos con sabrosas frutas.

Cuando su jardín más lozano lucía, Mari quiso mirar uno por uno los frutos, y hallando un arbolito con rosas doradas, corrió á participarlo á su marido, á la sazón trabajando con su arado, acompañado por una vaca y un burro.

Anton, asombrado, dijo á Mari-Juana: —¿Han nacido rosas doradas?

—Sí, y muy lindas.

—¡Valdrán mucho!

—Son oro.

—Guárdalas, chica; acuéñamos doblillas, y la fortuna nos acompañará.

Mari-Juana practica lo dicho por Anton, y va arrancando las rosas, y poco á poco cambiándolas á los codiciosos, para ir labrando su dicha.

Cuántas más rosas nacían, más arrancaba, y hubo jornada tan rica cual si á la California arribado habrían.

Un día Mari-Juana murmuraba con varias camaradas, y cada cual daba su aprobación á lo hablado por otra.

Mas una dijo:

—Mari, yo haría una cosa.

—¿Cuál?

—Si tu arbolillo da tantas rosas, y son oro puro, arranca tal árbol; allí habrá arraigada una mina.

—¡Bravo! ¡bravo!—gritan todas.

—Y nos convidas, alcanzándonos tus albricias.

—Voy á consultarlo á mi marido, no haga yo una atrocidad.

—¡Tonta!—dijo una.—Si tu marido sólo ara, y sólo alcanza á su yunta! Arranca la planta, y si vas á apurarla poco á poco, más valdrá sacarla á cuajo. Yo no soy curiosa, más no hallaría cachaza para ignorar cuánto la raíz valga.

—Allá voy.

Dijo Mari-Juana; y marchando hacia su marido, halló á Anton pasturando su vaca.

—Chico,—dijo,—la Paca, tan sabidora y curiosa, adivina un Potosí bajo la rica planta.

—¿Cómo!—dijo Anton, y abrió una boca como un portillo.

—Y si hago caso, arrancando la raíz, gran mina habrá más abajo.

—Míralo mucho, no nos ocurra algún chasco.

—Nada malo nos afligirá.

—Gran tostada jugó á la curiosa Paca la gallina dorada.

—Si, mas acabó con las dudas; nada hay odioso cual no contar la fortuna á las claras.

—Mari, camina con pausa.

—Dios ayuda al madrugador.

—No por mucho madrugador...

—Uno muy madrugador halló un bolsillo colmado.

—Más madrugó otro cuitado al abandonar.

Pasan horas y más horas; las amigas apuran sólo por curiosidad, Anton trabaja, y Mari-Juana calla.

Andan cavilosos un día; ya Mari vacila, duda, sin alcanzar cuál partido más lucro traiga; ya Anton mortifica su magín con tal ilusión, capaz para trastornar á un santo.

Y cuando más cabizbajos discurrían, las labradoras allá van á hablarlos, y brincan y saltan, como si cosa suya aguardaran.

Una grita:

—¡A arrancarlo, á arrancarlo!

Otra clama:

—Mirad lo más sano: no hagáis una cosa sonada.

—Vamos al jardín,—dijo Mari-Juana.

—¡Vaya!—añadió Anton.—Acabáramos. Vamos, con mi azadon pronto la arranco. Nada ganamos aguardando una á una las rosas.

Anton y Mari van al jardín. Muchas labradoras los acompañan curiosas. Cavan junto al árbol, la planta vacila, arrancanla y la trasportan á casa.

Mondan y limpian la raíz y las ramas,

usando mil cosas para abrillantirlas; mas nada, la planta sólo da astillas.

Todos miran asombrados al árbol.

Gran aflicción acongoja á Anton y Mari; y no alcanzando fruto alguno, rabiosos, locos, van con algazara á plantarlo al jardín, aguardando criará más rosas doradas.

Mas la tal planta no volvió á producir, y por lograr más oro, nada hallaron, sino palos y ramas podridas.

Da vida lo poco á poco, y mata pronto lo mucho junto.

La ambición arrastra la ignorancia, y la codicia rasga la bolsa.

C. SCARLATTI Y NOVELLA.

Revista de modas.

SUMARIO: Las vacilaciones de la moda entre el ahuecador y el vestido ceñido.—Una transacción práctica en vía de realizarse.—El furor del día: la felpilla, las pieles de nutria y las perlas.—Los diferentes usos de las telas afelpadas.—Los chalecos antiguos: el casquin de jardinería y la chaqueta de fiel pastor.—Un par de pendientes de perlas de ciento cincuenta mil francos.—El lujo en los servicios de mesa.—La reproducción de lo antiguo.—La diversidad sin desorden.—Manteles y servilletas con guarnición de encaje.—Emblemas en lugar de blasones.—La moda rusa en la mesa.—El lujo de los vestidos para las comidas de ceremonia.

Está visto que la moda no se decide en favor del ahuecador, y, según se cree, se pasará el Invierno sin que se haya tomado una resolución definitiva. Las grandes novedades de la moda se manifiestan principalmente en la Primavera, y á veces trascurre un año entero de vacilaciones antes de que se declare la boga.

Sin embargo, por el pronto, lo que podemos decir es que el vestido ceñido con exceso ha desaparecido; que el vestido princesa existe aún, pero con draperías, y que el cuerpo con faldetas, forma Luis XV, estilo Directorio, etc., disfruta de un favor imponderable. Finalmente, las faldas no son tan planas como antes, y la cola, reservada exclusivamente para el traje de vestir, desaparece más cada día del traje ordinario. Según estas tendencias, está permitido suponer que el ahuecador acabará por llevarse el triunfo.

Entretanto debemos decir que el furor actual se reparte entre la felpilla ó tela afelpada, las pieles de nutria y las perlas. Por todas partes aparece la felpilla: casacas Polignac de felpilla, armonizadas con los trajes de cachemir de la India, abotonadas con gruesos botones de guijarros del Rhin, mareasita y acero con puntas de diamantes; corbata de marqués hecha de encaje antiguo. Salidas de baile de felpilla. Batas de felpilla. Las más bonitas son de terciopelo rubí forradas de raso azul pálido con grandes bandas del mismo raso cubiertas de bordado, y que bajan hasta los pies, ó con cascadas de encaje breton que se fruncen por delante con lazos en los pliegues.

Todos los vestidos para de día se hacen cortos, dejando ver el pie. Por supuesto, todos son de lana, mezclada de moaré, terciopelo y raso tornasolado. El raso tornasolado es lindísimo: hoja de Otoño y verde con reflejos dorados y purpúreos, zafiro y esmeralda, violeta y gris, etc.

Los chalecos antiguos acompañan á los trajes de día ó se añaden al casquin de jardinería galante, de terciopelo rayado oscuro, con el chaleco claro de flores. También se usa la chaqueta de fiel pastor, de raso tornasolado sobre un chaleco estampado de oro ó de plata. Bueno será observar que los chalecos antiguos estampados son mucho más caros que los chalecos bordados, porque no se pueden imitar fácilmente. Cuando se ha descubierto un chaleco con galon estampado en la tela, es un verdadero hallazgo.

La nutria se lleva en chaqué, en esclavina, y hasta en vestido. Se hacen vestidos princesa de nutria con delantero de raso del mismo color. Este traje, aunque un tanto siberiano, es delicioso llevado por una persona rubia.

¿La boga de las perlas finas consiste en que se armonizan perfectamente con las pieles? Todas las personas aristocráticas llevan pendientes de gruesas perlas, y el furor es tal, que ya se dice que apenas se verán diamantes este Invierno. La perla, esa flir inmortal del mar, va á adornar, pues, el peinado con sus bellos reflejos, y animará al mismo tiempo el brillo de la mirada y de la sonrisa en los salones. Hay que apresurarse á comprarlas, dice la *Vie parisienne*, pues cada día aumenta su precio en grandes proporciones. «Hemos visto, añade, un par de pendientes de perlas de 20.000 francos, y otro par muy superior que no ha costado menos de 150.000 francos.»

Ya que hablamos hoy de cosas de gran lujo, dedicaremos á este punto toda nuestra crónica.

Entre lo más notable de la Exposición universal, bajo el concepto de la moda, se ha citado la exhibición del Japon, las celanias de Hungría, las joyas rusas y la platería norteamericana, que rivaliza con lo mejor que se hace en Francia. El servicio de mesas es en París un asunto muy importante. Todas las señoras son amantes de ese lujo, que añade á la elegancia el encanto de la hospitalidad. No se dispone del mismo modo una mesa en París que en el campo. En el campo hay más abundancia y menos refinamiento. La plata antigua, las formas que han pasado de moda son muy aceptables. No hay que preocuparse allí de las creaciones hechas con arreglo al gusto actual, ni de las copias maravillosas que se hacen de lo antiguo.

Se reproducen, pues, mucho los servicios de épocas pasadas, lo cual constituye un lujo de un precio exorbitante. Se pueden confundir en los servicios de mesa varias épocas y países, pero hay que hacerlo con moderación y discernimiento. Se puede beber en vasos de Venecia comiendo en platos de antigua porcelana marsellesa. Se puede tener un centro de mesa de platería moderna, y un servicio de postres de Japon antiguo ó de Sajonia ó de China Luis XV. La mesa se anima, y hay diversidad sin desorden. Pero de ningún modo está permitido mezclar platos de Rouen, de Delft y de Gien, ni Sevres con Sajonia, ni vasos de Bohemia con vasos de Venecia. Más vale un buen servicio moderno que esa pretensión de mal género.

La moda quiere que manteles y servilletas sean adecuados á las porcelanas. Se tienen, pues, manteles con orla ó bordados de color, representando el mismo dibujo que los platos. Hasta en el mango de los cuchillos entra la moda: son de porcelana con el dibujo correspondiente.

Ciertos manteles se guarnecen con encaje de Venecia ó de guipur Luis XIV, lo mismo que las servilletas; pero este refinamiento no aparece más que en el lunch y en el té de por la noche. Seguramente en las cenas de este Invierno se sacarán servilletas guarnecidas de encaje. La cifra ó los blasones aparecen bordados en las puntas. Las señoras que no tienen blasones eligen un emblema que los reemplaza, una florecilla, un insecto ó un pájaro. Se ven servicios de mesa sembrados de ramitos Pompadour y anudados con cintas, otros con margaritas, etc.

La mesa se continúa poniendo á la moda rusa. Los platillos dobles que se colocan al lado del plato grande para la ensalada ó las verduras, cuando se comen con la carne, pueden ser absolutamente distintos.

Se hacen para este uso de cristal con grandes monogramas esmaltados; otros de plata cincelada, de cristal de Bohemia, de Venecia, con rayados de color, etc. Hemos visto un precioso servicio de plata sobredorada y plata antigua, con incrustaciones de turquesas; y otro de platos esmaltados, estilo bizantino.

En suma, sería largo detallar las preciosidades que se inventan para el mayor lujo de las fiestas gastronómicas parisienses.

No podemos cerrar esta crónica sin hablar de los vestidos que se llevan á estos banquetes. Todos se hacen altos, por causa de la moda de los chalecos Luis XV. Un chaleco de raso ámbar, rosa de la reina ó blanco sembrado de florecillas ideales constituye el más bello adorno para esas fiestas. No puede darse nada más lujoso ni más elegante.

JULIA

Un libro útil.

Entre las obras profesionales que en la actualidad se publican con mayor aceptación, figura la que bajo el título de *Los juzgados municipales* está dando á luz el Sr. Fernandez Giner.

A los dos primeros cuadernos, que trataban del *acto de conciliación* y del *juicio de desahucio*, ha sucedido el que estudia las vicisitudes por que han pasado los *juicios verbales* hasta la publicación de la ley de Enjuiciamiento civil. Además de los comentarios á ley, en cuya exposición hay gran claridad, contiene este utilísimo cuaderno una indicación práctica del procedimiento en los juicios verbales, completos formularios y parte correspondiente del arancel.

El cuarto cuaderno de esta obra tratará del registro civil, conteniendo todo lo referente á tan interesante materia.